

la parte superior de aquel cuarto de cobre dorado. Cuando se ve uno sobre los aires á la altura de 424 piés; cuando se piensa en que sobre la cabeza está la cruz y en que un pedazo del árbol sagrado del Calvario domina todo aquel monumento que proclama la victoria del cristianismo y la profunda misericordia del Dios Salvador, el viajero cristiano entona involuntariamente el *Gloria in excelsis* y luego el *Credo*. Después de Bethlehem, la *Palla* de San Pedro de Roma es tal vez el lugar del mundo en donde este doble canto produce una impresión más viva y más satisfactoria.

El panorama verdaderamente magnífico de que gozábamos, nos presentaba otra compensación. Entre los puntos curiosos del vasto cuadro, nuestras miradas se fijaron con avidez en el cementerio de los Peregrinos, que está situado á la izquierda de San Pedro, no lejos del Santo Oficio. Cuando se sepa de qué tierra está formado y cuál es su destino, se comprenderá cuán legítima era nuestra curiosidad. Júdas, acosado por los remordimientos, después de su traición devolvió á los sacerdotes las treinta monedas, precio sacrílego de la sangre inocente. El Sanhedrin decidió que con ellas se comprara el campo de un alfarero para sepultar á los peregrinos: *In sepulturam peregrinorum*. Pues bien; ¡sí, Judíos deicidas, vosotros sereis profetas! La emperatriz Elena, al visitar los santos lugares, mandó trasladar á Roma la tierra del *Haceldama*; y para verificar hasta el fin de los siglos la palabra profética, la Iglesia mandó hacer con aquella tierra un cementerio reservado á los peregrinos, *in sepulturam peregrinorum*. 1

1 Fraudulenter principes sacerdotum cogitaverant et decreverant illius pecuniæ summam in vilissimæ et abjectissimæ rei usum expendere, in sepulturam scilicet militum aliorumque pauperum et ignobilium gentilium; ut hac ratione Christi memoriam ad necem empti, et suam ipsorum impietatem emptione sepulture sepeli-

18 DE ENERO.

El Trastevere. —Puente Fabricio. —Isla de Tiber. —Puente Costio. —Recuerdos paganos. —Monumentos cristianos. —Martirio de Santa Cecilia; su tumba. —Su cuarto de baño. —Mosaicos de la ábside y del coro. —Reliquias. —Vaso del Pórtico. —San Francisco a Ripa. —Cámara de San Francisco. —Claustro del convento.

Habíamos estudiado todos los cuarteles de Roma que están rodeados por el Tiber; nos faltaba visitar la region que se encuentra más allá del rio y que por esta razon se llama el Trastevere. Llegamos á él por el puente *De' Quattro-Capi*, ántes puente *Fabricio*. Fué edificado con madera en los primeros tiempos de la república y construido con piedra por Fabricio, *cuidador de caminos*, algun tiempo después de la conjuración de Catilina. La inscripción colocada en el arco, no deja duda á este respecto:

L. FABRICIVS C.—F. OVR. VIAR. FACIVNDVM
COFRAVIT. IDEMQUE PROBAVIT
Q. LEPIDVS. M.—F. M. LOLLIVS. M.—F. COS.
S. C. PROBAVERVNT.

rent Sed aliter Dei Providentia factum; ager quippe ille emptus æternum monumentum factus est sceléris ipsorum.—Novarim. in Math., c. XXVII.

Nam cum jussu imperatricis Helenæ, de hoc agro, quantum terræ plures naves capere poterant. Romam evectum, ac juxta montem Vaticanum in eum locum exoneratum sit, quem incolæ *Campum Sanctum* vocitant, licet cælum mutarit, eandem tamen retinere vim quotidiana experientia docet, Romanos enim respuens, sola peregrinorum corpora ad sepulturam admittit: quorum etiam hic omnem carnis substantiam intra viginti quatuor horas prorsus consumit, ossibus tantum residuis.—Adrichom, *Descript. Jerosol.*; p. 173, n. 216. Vide etiam Brochardum, Nicephorum, Bredembachium, Salignacum, etc.—Sæpius Romæ vidi et visi Campum Sanctum, ac ita serem habere ab ipso loci parrocho ejusque asseclis et Romanis cæteris audivi—Cornel. a Lapid. in XXVII Math., p. 618, n. 8.

Se le llamaba vulgarmente *De' Quattro-Capi*, de las Cuatro-Cabezas, á causa de una estatua de Jano de Cuatro-Frentes, que se ve á la entrada de la plaza. Este puente conduce á la isla del Tiber, tan célebre en la historia de Roma pagana y de Roma cristiana. Allí se levantaban el templo de Júpiter Lycaoniano y el templo más famoso de Esculapio. Roma, asolada por la peste, mandó embajadores á Epiro conforme con los oráculos sybilinos y con órden de traer al dios de Epidauró. Fué llevada á Roma una monstruosa serpiente y colocada en la isla del Tiber, en donde tuvo su templo, sus sacerdotes y sus altares. 1 Los enfermos iban en masa á pedirle salud; y los romanos, para no tomarse el trabajo de cuidar á sus esclavos viejos y enfermos, los mandaban con el pretendido dios á fin de que los curase. Este era un medio cómodo de desembarazarse de ellos. 2 En la isla del Tiber se encuentra una de aquellas bellas armonías que Roma presenta á cada paso al atento viajero. Desde luego, en el mismo lugar en donde los señores del mundo adoraban la antigua serpiente, hoy reina en su gloriosa tumba uno de los doce pescadores galileos que echaron por tierra la idolatría; allí se levanta la bella iglesia de San Bartolomé en la isla. En seguida, alrededor de los restos sagrados del Apóstol, en los edificios arruinados que alojaron á los sacerdotes de Esculapio, se extiende el hospicio de los hermanos de San Juan de Dios, tan queridos de los enfermos y de los pobres de Roma. No lejos del templo de Júpiter estaban el edículo de Fauno; luego la estatua de Simon el Mago, colocada en el número de los dioses del imperio. 3 Bajo Tiberio, la isla del Tiber, testigo de la

agonía de los esclavos abandonados, lo llegó á ser también de las angustias de las personas de distinción á quienes condenaba á muerte el capricho y la crueldad del feroz César; allí esperaban durante un mes entero, la ejecución de sus sentencias. 1 A los paganos sucedieron nuestros padres en la fe, y una multitud de mártires purificaron con su sangre aquella tierra tantas veces mojada con ella. El antiguo puente Céstio une la isla del Tiber con el *Trastevere*. Este, que es el barrio Saint-Marceau y la calle Mouffetard de Roma, fué habitado largo tiempo por solo el pueblo y los judíos. 2 Augusto edificó en él un cuartel para los soldados de marina que pertenecían á la flota de Ravena; los que formaban parte de la flota de Mysena, tenían su alojamiento en la tercera region, cerca del monte Célio. Allí se encontraban los prados de Múcio Scévola, dado á él en recompensa por el pueblo romano; los campos de L. Quincio, y en fin, los cuatro campos de Cincinato. 3 ¿Cuál parte del Trastevere ocupaban aquellos lugares históricos? No se sabe. La opinion más comun coloca los primeros en las cercanías de Santa Cecilia y de San Francisco a Ripa. El cuartel transtiberino encierra todavía otros recuerdos de que hablaré en el órden en que se vayan presentando.

Entre los monumentos cristianos que llaman al viajero más allá del Tiber, es preciso poner desde luego la iglesia de Santa Cecilia. 4 Bajo el reinado de Alejandro Severo, vivía una jóven cristiana llamada Cecilia, más distinguida por su angélica virtud que por la nobleza de su origen y por el brillo de su belleza. Vale-

1 Sidon., lib. I. Hepist. 7.

2 Phil., *de Legat ad Caim*: Bar., *Annal.*, t. 1.

3 Cincinato arant quatuor sua jugera, etc.—Plin., lib. XVIII, c. III.

4 Santa Marria Nova.

1 Epitomat. Livii, lib. XXIX, c. IV.

2 Suet. *in Claud.*, c. XXV.

3 Euseb., *Hist. eccl.*, lib. II, c. XII; Just.

Apol. 1.

riano, oficial del emperador, nacido en el paganismo, pide su mano. Cecilia, inspirada por la gracia, acepta la proposición, convierte á su prometido, y ambos prometen al Señor una continencia perpetua. Tiburcio, hermano de Valeriano, cede también á las dulces exhortaciones de su cuñada, y recibe el bautismo. El ruido de esta doble victoria se extiende por todas partes, y los neófitos quedan desde luego arrebatados. El centurion Máximo, que les conduce al suplicio, se conmueve tanto con sus palabras y su valor, que también se convierte, y condenado al punto, mezcla su sangre con la sangre de sus prisioneros.

Quedaba todavía la joven heroína, principal instrumento de aquellos triunfos. Se dió orden de mandarla buscar; los perseguidores se trasladan más allá del Tíber á la casa de Cecilia, que está condenada á muerte. Por consideración á su alto nacimiento, se empleó, para hacerla espirar, un género de suplicio conocido de los romanos cuando se trataba de las mujeres, y sobre todo de las mujeres de calidad. Fué encerrada en el *sudatorium* de sus baños. Esta pieza, que se encuentra en todos los baños, y cuyo modelo se ve todavía en Pompeya, estaba herméticamente cerrada y se calentaba por medio de un calorífico. Se fué elevando de tal modo el foco, que la santa debía ser sufocada en pocas horas; mas no sucedió así, y al cabo de tres días, salió llena de vida de su ardiente tumba. Entónces el juez mandó cortarla la cabeza; el verdugo descargó tres golpes, que sea por refinamiento de crueldad de parte del tirano, sea por efecto de un milagro, la dejaron vivir durante tres días. La heroína mártir se aprovechó de este tiempo para seguir su misión. Un gran número de paganos se convirtieron y recibieron en la misma casa de Cecilia la gracia del bautismo de manos del

papa San Urbano, y fué restaurada por San Gregorio Magno; y esta iglesia, ya por esto tan venerable, lo llegó á ser mucho más aún bajo el reinado de San Pascual.

Los cuerpos de los santos mártires habían sido sepultados en las catacumbas de Pretextado; pero se ignoraba el lugar de sus sepulcros. Cecilia lo dió á conocer al vicario de Jesucristo, quien despues de largas investigaciones, llegó á descubrirlo. El *loculus* de Santa Cecilia contenia el cuerpo de la ilustre mártir, envuelto en vestidos bordados de oro, teñidos en su sangre; á sus piés habia lienzos enrollados, igualmente empapados en sangre. Los cuerpos de San Valeriano, de Tiburcio, de Máximo, y de los papas San Urbano y San Luciano, fueron también encontrados por el dichoso Pontífice. En los días de sus triunfos, Roma pagana no estalló jamás con una alegría igual á la de Roma cristiana, cuando entraron dentro de sus muros los gloriosos vencedores de la idolatría. Todos fueron depositados en la iglesia de Santa Cecilia, la cual mandó reedificar enteramente San Pascual, á fin de hacerla más digna del sagrado depósito que ella debía guardar.

Enriquecidos con aquellos conocimientos, reclamados por el espíritu, y sobre todo por el corazón del viajero cristiano, entramos á la iglesia tantas veces monumental. Abajo de los escalones del coro se abre la cripta venerable en donde descansa el cuerpo de Santa Cecilia. Está en una caja de ciprés, encerrada dentro de otra de plata, cuyo valor es de cuatro mil doncientos noventa y dos escudos de oro; este homenaje del papa Urbano II, ha sido milagrosamente conservado por intercesión de la santa mártir. La bella estatua de mármol blanco, de Estéban Maderne, representa á la santa acostada de lado, como fué encontrada cuando en el siglo

XVI el cardenal Sfondrat abrió su sepulcro. Este príncipe de la Iglesia, titular de Santa Cecilia, enriqueció la confesión de la ilustre mártir con noventa lámparas de plata que arden día y noche; y su iglesia, con una gran cantidad de insignes reliquias, de que hablaremos muy pronto.

Despues de haber orado en la tumba de la heroína de la fe, quisimos ver el lugar de su triunfo. Está éste en frente de la sacristía, y puede tener 18 piés de longitud y 6 de latitud. En el fondo existen las mismas paredes, las mismas dimensiones, el mismo pavimento de mosaico hollado por los piés desnudos de la santa y de sus verdugos. A fin de que nada falte á la veneración del peregrino en el inmortal *sudatorium*, hay una reja de hierro que señala el lugar ocupado por el fogon y por la caldera de donde se desprendia el vapor homicida. Si nuestros turistas estuviesen en el cuarto en donde Sócrates bebió la cicuta, no agotarían sus impresiones; y se querria que el cristiano quedase mudo é insensible en aquellos lugares consagrados por la muerte muy más heroica de sus padres, de sus hermanos, de sus hermanas en la fe? Pero la pluma no puede expresarlas; al corazón toca sentir las.

Tal es en parte la gloria interior de la iglesia de Santa Cecilia; su gloria exterior brilla en las pinturas que la adornan. En el pórtico se ve, por una parte, á la santa revelando el lugar de su sepulcro al papa Pascual, y por otra, la traslación de sus reliquias al santuario que le está consagrado. Este monumento del arte es de gran interés; pero ha sufrido y es de desearse que se le traslade á un lugar en donde cese de estar expuesto á las injurias del tiempo, sin lo cual dentro de muy poco casi nada quedará de él.

Un soberbio mosaico adorna el arco absidal y el coro de la iglesia. En el centro del arco aparece la Reina de las vírgenes

sentada en un brillante trono de pedrería. En el regazo de su divina Madre, está en pié el Niño Jesus, con el rostro vuelto hácia el espectador. A la derecha y á la izquierda del trono de María están parados dos ángeles con las alas extendidas. Mas lejos vienen por uno y otro lado cinco vírgenes coronadas, vestidas con lienzos flotantes llevando en sus manos, cubiertas por un velo, especie de panes redondos, símbolo del trabajo y de la caridad. Entre cada vírgen se levanta una palmera cuyas ramas son atributo de la victoria. ¿Podía estar mejor colocada que en un dibujo consagrado á la gloria de una vírgen mártir? En los extremos del arco se dibujan dos ciudades adornadas con lámparas suspendidas en las puertas, Bethleem y Jerusalem, de donde salieron la vida, la salvación, la luz del género humano, y de donde en cierto sentido, deben salir todos los hombres para llegar al trono de Dios en la patria celestial.

Abajo del arco, veis en la cúspide de las pilastras á dos personajes vestidos con grandes ropajes levantando cada uno una corona, hácia el trono de la Reina de los cielos; tales son las misteriosas y magníficas pinturas del arco triunfal. El coro no es ménos rico. En el punto mas elevado, en medio de dos soberbias guirnalda que forman un cuadro, brilla el monograma del papa S. Pascual P, S. Desde lo alto del cielo aparece la mano misteriosa, emblema de la Divinidad, depositando una corona de diamantes en la cabeza de Nuestro Señor que está en pié. El Salvador tiene con la mano izquierda un libro enrollado y con la derecha bendice á la manera de los Griegos, es decir, que el pulgar

y el dedo anular están reunidos, mientras los demas están extendidos. Se sabe que los Latinos bendicen extendiendo el pulgar, el índice y el dedo del centro, y cierran los demas. De una y otra manera, la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente proclaman el misterio de la Santa Trinidad. Mas no es éste el único mérito de la particularidad que señalamos; ella prueba tambien que los mosaicos de Santa Cecilia son obra de un artista griego y que son de la época remota á que se refieren.

A la derecha del Salvador se ve á San Pablo, cuya mano derecha cuelga naturalmente, mientras con la izquierda, apoyada en su pecho, tiene un libro, símbolo de la doctrina. El gran Apóstol está seguido de una joven vírgen que lleva el traje de las emperatrices, con collares de diamantes alrededor del cuello, y la aureola circular adorna su cabeza enriquecida con una corona de perlas. Esta vírgen es Santa Agata, cotitular de la basílica. A su derecha viene el papa San Pascual, que lleva consigo el modelo de la iglesia, y tiene en la cabeza la aureola cuadrangular, signo distintivo de los personajes vivos. Detrás de él una palmera desenvuelve sus ramas majestuosas, entre las cuales se ve un fénix, emblema de la resurrección. A la izquierda de Nuestro Señor aparece San Pedro teniendo las llaves y acompañado de San Valeriano y de Santa Cecilia, llevando uno y otra en sus manos la corona comprada á precio de su sangre. El centro de la orilla inferior presenta el Cordero de Dios, que tiene en la cabeza el monograma de Nuestro Señor; de cada lado vienen seis corderos hácia él, y salen de dos ciudades semejantes por el modelo á aquellas de que ya hemos hablado 1.

El conjunto armonioso de la composición, la sencillez, la energía, ó por mejor decir, la transparencia de los emblemas, la

1 Ciamp. monim veter., t. II. c. 26.

magnificencia de las decoraciones y el brillo de los colores, hacen de aquel mosaico uno de los más bellos monumentos de nuestra antigüedad religiosa. ¡Qué diferencia entre esta manera sencilla, fácil, sublime de los artistas cristianos y la de nuestros artistas modernos! ¿De dónde viene que éstos últimos no tienen bastante gusto para ir á buscar sus modelos religiosos en nuestros siglos de fe? Como la mayor parte de las iglesias de Roma, Santa Cecilia es, no solamente un museo y una galería, sino tambien un relicario. Seria un trabajo muy largo enumerar los santos y los mártires, cuyos venerables restos, recogidos por el cardenal Sfondrat, enriquecen la santa basílica. Baste saber que todos los órdenes de bienaventurados tienen aquí sus representantes, como para felicitar á la ilustre vírgen, por su glorioso triunfo, para afirmar tambien la fe del peregrino, reanimar su valor y muchas veces hacerle avergonzar de su pusilanimidad.

Al salir de la iglesia conviene examinar en el antiguo átrio, uno de aquellos grandes vasos de mármol, llamados *canthari*, que servian de fuente para la ablución de los fieles. El de Santa Cecilia está bien conservado y recuerda, por el uso á que estaba destinado, el religioso temor y la inocencia sin mancha que nuestros padres se empeñaban en llevar al templo santo.

¡Singular destino de los lugares en que estamos! Antiguos testigos del valor de Múcio Scévola, fueron precio de su abnegación 1; y convertidos bajo el cristianismo en el teatro de una abnegación más noble, están consagrados á perpetuar su recuerdo. El heroísmo de la virginidad y del martirio, y el heroísmo acaso igualmente

1 Aquí estaban, como es sabido, los prados de los cuales la república hizo un presente á Múcio Scévola por precio de su valor. Se cree que en el lugar mismo en donde se encuentra el *Ponte rotto*, allí tuvo lugar el acto heroico del célebre Romano.

grande de la pobreza y de la humillación voluntarias, reciben allí los homenajes que merecen. A Clélia y á Múcio Scévola suceden Santa Cecilia y San Francisco de Asis, cuyas virtudes, inspiradas por la fe, han conquistado para su gloria aquella parte del Trastévère. Una corta distancia nos separaba de la iglesia de *San Francisco á Ripa*. En el fondo de esta humilde morada, está un pequeño santuario desde donde se exhala no sé qué perfume de santidad que penetra y que embalsama el alma y los sentidos; ya he nombrado el cuarto de San Francisco de Asis. Cualquiera que sean tu país, tu creencia y tu nombre, oh peregrino, quítate aquí el calzado; tú vas á entrar en la morada de un héroe, de un santo, sublime instrumento de la Providencia en la obra de la civilización. Tus piés pisan el mismo suelo, tus ojos ven las mismas paredes, el mismo techo; tus manos tocan la misma puerta de madera, la misma piedra que le sirvió de almohada; en una palabra, estás rodeado de todos los objetos testigos de las oraciones, de los suspiros, de las austeridades, de los éxtasis del seráfico patriarca; espectáculo dos veces elocuente que te revela el secreto de llegar á ser un grande hombre, enseñándote que Dios escoje siempre, para obrar cosas maravillosas, á los pequeños y á los humildes.

En este cuarto venerable, transformado en capilla, descansan veintiocho cuerpos santos con una cantidad de reliquias preciosas, que puestas en aparadores giratorios, se ofrecieron á nuestras miradas y á nuestra piedad. Uno de los religiosos que nos acompañaba, recorrió una cortina colocada detrás del altar, y vimos el verdadero retrato de San Francisco de Asis; se cree que es contemporáneo del ilustre fundador. Los claustros del convento representan en frescos numerosos, á los papas, á los cardenales, á los hombres ilustres, á

los santos y á los mártires de la órden. Esta es para los buenos padres una galería de familia, cuya vista, estoy cierto de ello, ha hecho germinar más de una virtud, y ha dado valor para más de un sacrificio. El mundo saca provecho de esto, y como ingrato que es, olvida con demasiada frecuencia la religion que las inspira.

19 DE ENERO.

Santa María *in Trastévère*.—*Taberna meritoria*.—Rescripto de Alejandro Severo.—Milagro de la fuente de aceite.—Pruebas.—Primera iglesia de Roma dedicada á la Santa Virgen.—Vista de la fuente.—Inscripciones.—Mosaicos.—Tumbas.—Reliquias de Mártires.—Los Trastiberinos.—San Pedro *in Montorio*.

El Tíber nos volvió á ver en sus orillas. Dejando á la izquierda á Santa Cecilia y á San Francisco, que habíamos ya visto, y á San Miguel, que veremos mas tarde, llegamos prontamente á Santa María *in Trastévère*. Esta iglesia presenta una rica cosecha para el anticuario, y sobre todo para el cristiano. En el lugar mismo en que se levanta, se veía en otro tiempo la *Taberna meritoria*, especie de hospital de soldados inválidos, y de tienda ó almacén público en donde se depositaban las mercancías 1. Sea por razon del prodigio de que quiero hablar, sea por cualquiera otra causa, este almacén quedó abandonado. Los cristianos que tenían grande interes en poseer este lugar, lo tomaron en arrendamiento y concluyeron el oratorio; pero los taberneros de la vecindad tuvieron á bien inquietarles y arrojarles de él. Este negocio fué llevado al tribunal del emperador Alejandro, quien dió el rescripto si-

1 *Taberna meritoria*, que vulgo *diversoria* vel *fullonica* appellatur. *Cod.*, *Lex Si ususfructus*, § 16.